

CUADERNOS MENSUALES DE DOCUMENTACION POLITICA Y SOCIAL DIRIGIDOS POR W. ROCES

NÚMERO

3

PRECIO:

50

CÉNTIMOS

N. BUJARIN



Das culturas
FASCISMO y COMUNISMO

CUADERNOS MENSUALES DE DOCUMENTACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL

dirigidos por W. ROCES

ESTA colección se propone orientar a sus lectores acerca de los problemas políticos, económicos y sociales de más interés que tiene planteados el mundo actual. Y lo hará siempre procurando servir a la justicia y a la verdad. Cada mes publicaremos un trabajo completo de un autor descollante sobre un problema fundamental; unas veces será un tema de actualidad, otras veces un asunto histórico o un problema teórico, pero encaminado siempre a pertrechar al lector con conocimientos y orientaciones útiles para las luchas de nuestros días.

Al final de cada cuaderno figurará un Vocabulario explicando los términos difíciles y un Índice de nombres con los datos indispensables para orientar al lector. De este modo, aspiramos a que nuestra colección sea inteligible y útil para todos y a que tenga un carácter verdaderamente popular.

NICOLÁS BUJARIN

N. Bujarin es uno de los primeros publicistas y teóricos de la Unión Soviética. Sus obras "El A. B. C. del Comunismo" y "La Economía mundial y el Imperialismo" han encontrado en España una gran acogida. En el trabajo suyo que publicamos hoy, traducido directamente del ruso, se contiene un estudio muy completo de las características más salientes que informan la cultura agonizante del capitalismo y la nueva y vigorosa cultura que se está construyendo por la clase trabajadora triunfante. Este estudio se publicó recientemente en las Isvestia, de Moscú, de donde nosotros lo tomamos. Como complemento, reproducimos a continuación un artículo del mismo autor, publicado en la prensa soviética con ocasión de la fiesta proletaria del Primero de Mayo de 1934.

DOS CULTURAS: FASCISMO Y COMUNISMO

por

N. BUJARIN

I

Es ya un lugar común, una verdad harto sabida, que vivimos en una época de grandes cataclismos históricos, de estremecimientos y convulsiones de toda la vida social, de cambios y revisiones radicales de los viejos sistemas de vida, así en lo ideológico como en lo material. La guerra, las revoluciones, la crisis, la dictadura del proletariado, el fascismo, la amenaza de nuevas guerras, la lucha heroica de los obreros austriacos, son todos hechos de mal augurio para el capitalismo, quien podría decir, repitiendo las palabras de Horacio, el personaje del drama de Shakespeare:

«Qué nos anuncia este suceso
Decir no sé, pero presiento
Que un espantoso cataclismo
Va a descargar en nuestro Estado.»

La tensión de los conflictos que sin cesar se acumulan en la atmósfera asfixiante del mundo capitalista amenaza con estallar a cada momento, produciendo una catástrofe nueva y de contornos concretos imprevistos. A través de la sucesión cinematográficamente rápida y palpitante de los acontecimientos cabe, sin embargo, descubrir las «tendencias» históricas fundamentales a que esos acontecimientos obedecen. Entre estas tendencias, resalta sobre todo el proceso extraordinariamente intensivo, acelerado, de *polarización de las clases*, un proceso rapidísimo de desplazamiento de todas las fuerzas e ideologías sociales, la creciente agudización de la lucha entre el *fascismo* y el *comunismo* como dos campos enemigos de clase, con dos ideologías y dos culturas irreductibles. Si, colocándonos en este punto de vista, quisiéramos resumir en pocas palabras la situación histórica en que nos encontramos, podríamos decir que *las grandes fuerzas de clase se ponen en pie de guerra para los combates que se avecinan*, para batallas que serán verdaderamente las últimas—en un sentido histórico y universal—y las decisivas. Merece, pues, la pena que estudiemos atentamente el *fascismo* en todas sus manifestaciones, desde el campo económico hasta las

esferas de la filosofía. Hay, en efecto, una filosofía fascista. El desplazamiento de las filas burguesas se desarrolla con ritmo acelerado. Visto a través de las formas de las llamadas «revoluciones nacionales» y del «fascismo puro», este desplazamiento presenta una gran complejidad; pero en cuanto a la unidad de las tendencias históricas y de su sentido social y político de clase, no puede haber la menor duda.

Hace mucho tiempo, antes de que se abriese toda la cadena de las revoluciones burguesas, el *feudalismo* alumbró la *monarquía absoluta*. Los zares, los emperadores, los reyes, aliados a la pequeña nobleza y apoyándose en las *ciudades*, aniquilaron a una parte de los grandes señores feudales. Con ello, lo único que hicieron—por paradójico que esto parezca—fué prorrogar el plazo histórico del derrumbamiento del feudalismo, fortalecer el régimen feudal, centralizando sus fuerzas *fundamentales* y empalmándolas a la monarquía absoluta, arrollada más tarde por la revolución burguesa. Pues bien; bajo condiciones completamente distintas y de un modo radicalmente diverso, se está desarrollando ahora en la escena de la historia universal una paradoja semejante: en eso que los fascistas llaman «revoluciones nacionales», el capital financiero y la aristocracia de la tierra, apoyándose en la pequeña burguesía, en una parte de la intelectualidad y hasta en ciertos sectores de obreros engañados, lanza consignas anticapitalistas, predica el «nacional-socialismo», y hasta sacrifica a un puñado de sus hermanos de clase (al capital judío y a los «extranjeros» en general), pero con esto no hace más que *fortalecer el capitalismo*, o, mejor dicho, *aspirar a fortalecerlo*, concentrando todas las fuerzas para su defensa y declarando la *guerra preventiva* a la clase obrera, al comunismo, al marxismo. El «orden» del fascismo es el «orden» militar, político y económico, que reina en los *cuarteles*, el orden capitalista-militar del «estado de sitio» o del «estado de guerra». Esto se refleja en toda una serie de hechos importantísimos: en la tendencia al capitalismo de Estado, en las dictaduras «nacionales», Estados «corporativos», etc., ahogando todo un conjunto de contradicciones internas, en la implantación de los más diversos sistemas «unitarios»: una «única» nación, un «único» partido, un «único» Estado (el «Estado totalitario»), etc.; en la organización de reservas de masas humanas, masas pequeñoburguesas y, en parte, incluso obreras; en toda esa ideología «uniformada», puesta a tono con los intereses fundamentales del capital financiero; y, por último, en la creación de una base material y espiritual para la guerra. Lo que el fascismo llama «revolución nacional», con sus consignas anticapitalistas, no es, en realidad, más que un cambio obligado de decoración de las filas burguesas, cambio que lleva aparejadas la supresión de la farsa parlamentaria y del sistema de rotación de los partidos, la implantación de una disciplina militar uniforme en todo el frente y la organización de reservas humanas.

Los necios pequeñoburgueses del «centro» dicen: Sí, pero todo eso lo hacéis también los comunistas. El burgués socialdemócrata formula la misma idea de otro modo, diciendo que ambas dictaduras son «igualmente recusables». También solemos oír que hay un bolchevismo «de

izquierda» y un bolchevismo «de derecha», sin que entre ambos medie ninguna diferencia esencial. Estas gentes dejadas de la mano de Dios (llamadas a recibir los palos de la derecha y de la izquierda) no comprenden que el aspecto *formal* del problema (el de la «dictadura» en general)—aspecto que ellos, por otra parte, no aciertan tampoco a enfocar debidamente—no resuelve nada, pues *lo importante es el sentido y el contenido de clase, la dinámica material y espiritual del proceso político, la actitud de ambos sistemas ante la marcha general de la historia*. Sólo un «pobre de espíritu» puede desconocer que la dictadura del *proletariado* y la dictadura de los *capitalistas* son dos cosas diametralmente opuestas, *dos sistemas antitéticos con un contenido y un sentido históricos radicalmente distintos*. El que no comprenda *esto*—o no quiera comprenderlo—se verá irremediabilmente triturado por la rueda de la historia y arrojado como un lamentable despojo de ésta al rincón del olvido.

II

La propia existencia del fascismo es, como ha puesto de relieve Stalin, un fruto de la crisis general del capitalismo. Pero de esto se desprende que, al crear algo *nuevo—reaccionariamente nuevo—dentro del sistema de las relaciones capitalistas de vida y pensamiento existentes hasta él*, el entronizamiento del fascismo tenía que provocar forzosamente una profunda *crisis en ciertas orientaciones fundamentales de la burguesía*. Fuerza es reconocer que no todos los aspectos de este cambio complejo de orientación son igualmente profundos e igualmente firmes; hay todavía aquí, indudablemente, muchos aspectos que están cambiando y que cambiarán ante las diversas alternativas del ciclo económico. Pero hay también otros muchos que perduran y perdurarán mientras la trayectoria y los resultados y la lucha de clases no los desplacen por problemas radicalmente distintos.

Si nos esforzamos por encontrar las bases *político-económicas* y las ideas cardinales de la burguesía fascista, descubrimos los hechos siguientes:

1. **Crisis de orientación ante el rápido progreso técnico.**—Los años de máxima depresión en el ciclo de la crisis han coincidido con un pesimismo acentuado en punto al progreso técnico. Todas las revistas *técnicas* de primera fila, alemanas, inglesas, norteamericanas, venían plagadas de discusiones sobre la utilidad o los males de la técnica. En «La Construcción de Maquinaria», una revista profesional alemana, el ingeniero Hellmich escribía que eran «innumerables los escritores que adoptaban ante la técnica una actitud negativa, llegando incluso a desear o a profetizar su bancarrota». La prensa *económica* se esforzaba en recomendar que se amortiguase el ritmo de los progresos técnicos. Los filósofos de la burguesía, en coro desarmónico, comenzaron a cantar melancólicas endechas a la falta de alma de la civilización del maquinismo en general. El conde de Kayserling y el que podríamos llamar

«príncipe de los filósofos de clase», Otto Spengler, profeta de la decadencia de Occidente y apóstol del—perdone el lector la palabra—«socialismo» prusiano-bismarquiano, todos rompieron de pronto a criticar la técnica. No la aplicación capitalista de la técnica (pues esto hubiera sido tanto como criticar los fundamentos del capitalismo y de la explotación capitalista), sino la técnica en sí. La máquina—asegura Spengler, en la página 79 de su obra «El Hombre y la Técnica», publicada en 1931—comienza a perturbar la vida; basta pensar en el exceso de automóviles que circulan por las calles. «En Argentina, en Java y en otros sitios—continúa el «filósofo»—, el simple arado del pequeño labrador acredita mayores ventajas económicas que los grandes motores y comienza a desplazarlos nuevamente.» El ocaso de la cultura actual, basada en la máquina—profetiza este autor—, es inevitable. «Esta técnica maquinista—prosigue—se acerca a su fin con el hombre dinámico de nuestro tiempo, y un buen día aparecerá destruida y olvidada; los ferrocarriles y los buques de vapor correrán la misma suerte que antaño las calzadas romanas y la muralla china, y nuestras ciudades gigantescas, con sus rascacielos, irán a hacer compañía a los palacios de la antigua Menfis y de Babilonia.» (Obra citada, pág. 88.) Estos cantos funerarios y otros parecidos han pasado a ser una especie de moda ideológica. En mayor o menor proporción, lo indudable es que aquel antiguo optimismo exaltado respecto al progreso técnico ha desaparecido radicalmente: la trayectoria de la crisis general del capitalismo ha venido a echar por tierra la «fe» en el progreso.

2. **Crisis de orientación ante los avances de la industrialización.**—Esta crisis se halla íntimamente relacionada con la anterior. Si se quiere detener el progreso técnico, es indispensable, naturalmente, hacer retroceder o estancar las fuerzas productivas. A esto contribuye, además, otro motivo: la pugna por encontrar garantías contra el «tumor del proletariado», con la tendencia a asentar en el campo a los obreros y la prédica de la unión patriarcal con la «madre tierra», del retorno al suelo materno. De aquí el postulado de la «reagrarización» y la consigna de Hitler: ¡Ante todo, tierra! Esta consigna explota la fuerza de la inercia, es un principio conservador. La experiencia del movimiento fascista, lo mismo en Italia que en Alemania y en Austria (los *kulaks* tiroleños, la burguesía italiana del campo, el clero católico, sobre todo en los medios rurales, etc.), obliga a los fascistas a orientarse hacia la «tierra», pero sin que esto menoscabe en lo más mínimo la tiranía del capital financiero. El problema de la «colonización interior», la emigración de la ciudad al campo como uno de los medios de luchar contra el paro forzoso, es uno de los problemas que tiene actualmente planteados la política interior alemana. En el libro «El Imperio», del fascista T. Hiel-scher, encuentra su expresión clásica y clarísima el contenido ideológico inmediato de esta política: «*Volverse más aldeanos—escribe, literalmente, este autor—significa volverse más pobres y primitivos, tal vez también más bárbaros y más salvajes, pero, a cambio de esto, más alemanes. La barbarie no necesita de título ni justificación, pues los lleva en sí misma.*» Sapienti sat! Huelgan, verdaderamente, los comentarios.

3. **Crisis de orientación ante el mercado mundial.**—Aquí se manifiesta con todo esplendor aquella tendencia a que ya hemos aludido. La antigua actitud librecambista es radicalmente suplantada por las prédicas de lo que llaman «autarquía»; es decir, por los postulados de una Economía «nacional», «cerrada», «que se baste a sí misma», e independiente casi en absoluto de la Economía mundial. En la actuación práctica de algunos Estados que tienden hacia el fascismo o ya fascistas, principalmente Alemania, se revela claramente este proceso. Las raíces fundamentales de esta política y de esta tendencia no son difíciles de descubrir: se trata de una preparación económico-militar de carácter guerrero, para asegurar la «independencia» del país, emancipándolo de la importación, que durante una guerra no se puede garantizar, y reduciendo también proporcionalmente, como es lógico, el peso específico de la exportación. Ya ciertos economistas serviciales se han apresurado a proclamar, sacándosela de la cabeza, la «ley de la tendencia de las relaciones internacionales a decrecer». Los socialfascistas japoneses justifican las *anexiones* de su gobierno imperialista con la necesidad de que el país tenga «todo lo necesario» para la edificación del socialismo (!!) bajo el manto del mikado. Los fascistas alemanes formulan este problema muy claramente, como el problema de «la mayor independencia económica» del país. En el libro titulado «Autarquía», del fascista F. Fried, se expone con gran claridad el problema. «Autarquía» quiere decir gobierno de sí mismo, independencia política, completa soberanía. «La nación—dice este autor—, que está alumbrando la *revolución alemana* (ellos llaman «revolución» al golpe de Estado fascista), se orienta de un modo intensivo *hacia sí misma*, pretende bastarse a sí misma y gobernarse a sí misma y por sí misma (autarquía)... La revolución francesa engendró el *nacionalismo imperialista*; la revolución alemana (!!) engendra el *nacionalismo social*... El campo del nacionalismo social no es el mundo, sino la nación, el pueblo, el hombre.» (Obra citada, páginas 23-24.) Esto del «campo» es, naturalmente, una engañifa: los Estados fascistas no renuncian, ni mucho menos, a la conquista del «campo» mundial; el pugilato de los armamentos y las actividades de política exterior de estos gobiernos no nos permiten, en verdad, acusarlos de provincialismo y de renuncia a los apetitos imperialistas. Precisamente para esto, para luchar por el campo mundial de influencia, es para lo que hacen añicos la vieja ideología librecambista de las relaciones internacionales. Ese principio fascista-imperialista que ellos llaman «autarquía» tiene como superestructura ideológica un *nacionalismo* exaltado y una exacerbación de la idea militar.

4. **Crisis del Estado liberal, parlamentario-burgués.**—Esta crisis es una de las manifestaciones clarísimas en las que se revela la preparación político-militar de la burguesía y el tránsito a la dictadura, aniquilando la democracia burguesa y organizando la dictadura franca y abierta, con un solo partido y con todo el aparato terrorista del gobierno y la administración, aparato que abarca desde las fuerzas armadas hasta las cátedras universitarias y las academias de arte. Aquí conviene advertir que el llamado «Estado corporativo» aspira, sobre la base del

capitalismo, a adueñarse de los centros más importantes de la *Economía*, forzando por todos los medios el proceso de centralización del capital. Huelga decir que la aspiración de crear un «capitalismo sujeto a plan», tal como lo predica el «nacionalsocialismo», no es más que una quimera fascista. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que los fascistas, apoyándose sobre todo en la industria pesada, se adueñan de los puntos más estratégicos de la *Economía* y, «militarizándolos», refuerzan la opresión del Estado. Uno de los fascistas italianos más destacados, Benni, formula así este pensamiento: «El régimen del nacionalismo económico subraya esta necesidad, pues todo nacionalismo asume primordialmente una *función política*, a la que adapta o subordina todas las demás funciones sociales» (Ignacio Silone: «El Fascismo», 1934, página 224). En efecto, los que están al frente de las «corporaciones», en Italia, o de los «estamentos», en Alemania, desempeñan una función, porque los de «abajo» se hallan «representados» por ellos, por el estado mayor fascista, por lo que podríamos llamar los «comandantes del Estado» en uno u otro frente. Pero la *medula de esta función es el poder efectivo del capital efectivo*, el poder de los Thyssen, los Krupp, el poder de los trusts, de los bancos, etc., mediante los resortes de la «totalidad» centralizada y eficaz del Poder. Este sistema es, según Mussolini, la superación del capitalismo y del socialismo al mismo tiempo (obra citada, página 226). Aquí, las elevadas superestructuras ideológicas culminan en toda una filosofía del Estado: el Estado «totalitario», basado en el trabajo y la colaboración de todos, pero entregado a la dirección de los elegidos, de los depositarios de la inspiración divina, el Estado, que es la encarnación de los valores metafísicos, etc., etc. La vieja orientación *liberal* salta hecha añicos. El Estado parlamentario y «democrático» deja el puesto a la «totalidad» eficaz de la dictadura del *capital financiero*, a una dictadura terrorista que tiene por armazón una serie de organizaciones de fascismo.

III

Este brusco viraje dado en el campo de la cultura material y en las esferas ideológicas más próximas a ellas encuentra su expresión adecuada y su fiel reflejo en las cúspides de la escala ideológica. También aquí advertimos un *cambio rápido de orientación* y una tendencia a desalojar las posiciones tradicionales para situarse en otras que cuadren mejor con los nuevos objetivos. Toda la cultura «*espiritual*» *burguesa* atraviesa por una profunda y elocuentísima crisis. Nos detendremos en los aspectos más salientes y acusados de esta crisis cultural.

1. *Crisis de la idea de la evolución*.—El capitalismo, decepcionado en su marcha renqueante, da a esta decepción una forma lógica y la expresa con un carácter general. La primera etapa de este proceso de desengaño aparece claramente formulada en la obra de Walter Eucken, un «filósofo» alemán.

«Marx entendía—dice este «filósofo»—que la ley de vida del capita-

lismo estaba en la fuerza expansiva de la dinámica, y que el fin de la evolución sería, a la vez, el fin del propio sistema capitalista... Pero la Economía política actual demuestra que los argumentos teóricos de Marx respecto a la fuerza inexorable de la dinámica eran falsos.»

La segunda etapa del proceso de desengaño a que nos referimos, en la que la actitud negativa ante la idea de la evolución reviste ya un alcance universal, la encontramos expresada por un sabio alemán fascista, O. Spann. El señor profesor nos transmite en uno de sus libros las siguientes asombrosas «verdades»:

«Darwin y Marx, con su interpretación mecanicista (!!) de la evolución, han causado un daño incalculable a nuestra cultura. Este criterio de la evolución que ellos profesan hace inútil toda actividad, puesto que al hoy seguirá necesariamente el mañana, como al ayer el hoy. Esta manera de ver trajo consigo el utilitarismo, el materialismo y el nihilismo característicos de nuestra época.»

Según estos «maestros», lo único que merece la pena es el dinamismo estéril del que apalea el agua o da vueltas a una noria. El dinamismo real y efectivo de los hombres que luchan y triunfan y de los que transforman el mundo, no. Este dinamismo fomenta el orgullo del hombre, le aleja de Dios y es, por tanto, criminal. Aquel entusiasmo de la burguesía progresiva y emprendedora, que todavía Bacon ensalzaba como el orgullo de la humanidad, ha pasado a la historia. Hoy, todo eso es pisoteado por las botas fascistas de los sombríos guardianes de Dios. La burguesía ve claro a dónde conduce la senda de la evolución; por eso grita con todas sus fuerzas: ¡Abajo la evolución! ¡Abajo la idea misma de evolución!

2. Crisis de la ideología del «humanismo» cristiano-liberal.—A la época del liberalismo correspondía el agua de rosas de las «relaciones humanas normales», entronizadas como norma ética en el famoso «imperativo categórico» de Kant. En términos generales, esta ideología «humanitaria» cuadraba muy bien a la «honesta concurrencia» de aquellos tiempos. Lo mismo en el campo de las relaciones interiores que en la órbita del comercio internacional, la «honradez», la «igualdad», el «respeto», etc., etc., envueltas en el manto hipócritamente correcto del «humanitarismo», eran la doctrina moral consagrada, la norma oficial para la conducta de los «hombres», entre los cuales se incluían también, en un plano *formal*, las «clases pobres».

Los románticos semif feudales y los filósofos de la reacción comenzaron a minar y socavar esta ideología humanitarista. Entre estos filósofos de la reacción ocupa un lugar preferente el célebre escritor alemán Federico Nietzsche: «Si me preguntasen qué es lo que más odio entre la plebe de hoy día—escribe este ideólogo—, diría sin vacilar que la canalla socialista, los apóstoles de la plebe, los que perturban el instinto, la quietud, el sentimiento de satisfacción del obrero con su humilde existencia, los que le hacen envidioso y le infiltran el espíritu de venganza.» El socialismo—añade—«es, principalmente, un síntoma de la conducta demasiado humana que se está siguiendo con los de abajo, al dejarles que toquen con la punta de la lengua la dicha que les está ve-

dada... No es el hambre lo que trae las revoluciones, sino el apetito que al comer se le abre al pueblo.» Los ideólogos de la burguesía actual, que volando en alas de sus pensamientos se remontan en derecho a la Edad Media, sin cambiar siquiera de tren, inscriben en su blasón un odio verdaderamente zoológico contra los demás pueblos y contra los de abajo. La realidad no necesita, en este punto, de pruebas, pues está a la vista de todos.

Pero lo interesante es que esta realidad, toda esta vesania patológica y sádica de los señores fascistas, encuentra su expresión franca, consagrada y respetable, una expresión casi filosófica, en los portavoces de su ideología. Aunque es muy conocida, merece la pena de copiar aquí la folletinesca apología que el señor Spengler hace en una de sus obras de las *bestias de presa*. Esta apología pone al desnudo con una cruda sinceridad la «conciencia cultural» de este filósofo del fascismo. Ensalzando la vitalidad del «hombre primitivo», tan cercano al gorila, nuestro «filósofo» se sincera de este modo: «El alma de este fuerte solitario (!) es un alma guerrera hasta la médula, desconfiada, celosa en todo cuanto se relaciona con su poder y su propiedad. Esta alma conoce esas oleadas turbulentas de la pasión en que el cuchillo se hunde en las carnes del enemigo y en que el olor de la sangre y los gemidos de la víctima exaltan el sentimiento del triunfo. *Todo hombre de verdad*, por muy civilizado que se crea, siente reavivarse en su interior, de vez en cuando, el rescoldo de esta alma primitiva.» Johst, celebrado autor dramático y abanderado literario oficial de la Alemania fascista, clama por sacerdotes «que derramen *sangre, sangre, sangre*», y escribe: «cuando oigo la palabra cultura, echo mano al revólver». Otro ideólogo fascista alemán, Herbert Blank, proclama que Bismarck, el canciller de hierro, vale por todas las Facultades universitarias, y afirma que la educación del carácter debe rematarse en el *cuartel*. Federico el Grande, el cuarto de banderas y el cuartel: he ahí la trinidad ideal de estos «filósofos».

La vesania nacionalista no conoce límites: tacha en el Nuevo Testamento los pasajes «humanitarios», como «influencias orientales», y suprime del calendario los nombres cristianos, sustituyéndolos por otros de origen teutónico. La teoría de las «razas», el análisis de «sangre y esperma», se erige en doctrina científica y en base de toda su política. A. Rosenberg, el árbitro de la política exterior del fascismo alemán, explica la revolución de Octubre como un triunfo de las «fuerzas mongoloides» sobre los «erguidos y esbeltos» hombres rubios de estirpe alemana. El furioso antisemitismo y el desprecio increíble de estos déspotas por los pueblos coloniales han venido a desplazar a la vieja ideología cristiano-liberal. Sin que esto, aunque provoque las rebeldías de algunos clérigos, sea obstáculo, por supuesto, para que el Vaticano dé su bendición a todas las «maravillas» que dejamos reseñadas.

3. **Crisis de la idea de la igualdad formal.**—Los fascistas han ido a rebuscar a los rincones más sombríos de la reacción para sacar de nuevo a luz la idea de *jerarquía*, la eterna jerarquía. No como un fenómeno histórico pasajero, sino como la *ley general y universal* de la *idea aristocrática* en la naturaleza y en la sociedad. El fascista japonés Ara-

ki, en un discurso que se ha hecho célebre, desenvuelve toda una serie de argumentos filosóficos divertidísimos, llamados a demostrar la eterna superioridad de la raza japonesa sobre las demás razas del mundo (comparando a los hombres, para estos efectos, con distintas razas de perros, según el «fin» a que los destina la naturaleza). Spann, el filósofo del fascismo austroalemán (que, además de filósofo, es sociólogo, economista y qué sé yo cuántas cosas más), construye toda una teoría de la sociedad y del Estado basada en la separación jerárquica entre los miembros «nobles» y los miembros «viles» de la sociedad, desenterrando las teorías biológicas más anticuadas y convirtiéndolas en una especie de teología. La idea de la jerarquía ocupa también un lugar predominante en las elucubraciones de los fascistas italianos. Uno de los ideólogos más destacados del fascismo mussoliniano, Rocco, ha creado una teoría completa del Estado y del derecho partiendo de la servidumbre de las castas ínfimas, esclavizadas al Estado corporativo, cuyo timón llevan los «elegidos» los «mejores», los «augustos», los magnates de los trusts, los banqueros, los «excelencias», y sus servidores seculares y espirituales. La idea de la igualdad formal, de la igualdad ante la ley, ha dado en quiebra estrepitosamente. La burguesía ha borrado de sus banderas el viejo lema y ha inscrito en ellas el de la «jerarquía» (léase: poder y mando del capital).

4. **Crisis del conocimiento racional.**—Era lógico e inevitable que el desengaño de la burguesía en cuanto a la finalidad del progreso técnico provocase en ella también el desengaño en cuanto a los frutos del conocimiento racional. Es este un tema digno de ser estudiado más en detalle. Para que el lector perciba también en este aspecto el «aroma» de la nueva «cultura», citaremos a un autor fascista alemán, a quien ya más arriba hemos tenido ocasión de mencionar: H. Blank. En una de sus obras, este ideólogo del fascismo se pregunta, abiertamente: «¿Para qué necesita el pueblo alemán la ciencia de los Darwin, los Virchow, los Du Bois-Raymond, los Heckel, los Planck y los Einstein, esta ciencia que rompe los lazos entre el alma y Dios...?» Y él mismo se da la contestación: «No, nosotros abogamos más bien por esa ideología a la que se tilda de barbarie, pues bueno es advertir que para nosotros ese grito de «¡Vuelta a la barbarie!» que ha resonado durante estos últimos años es uno de los mejores gritos de guerra que se han podido lanzar.»

La ciencia y el conocimiento racional del mundo ceden el puesto a la metafísica teológica y teleológica, a toda suerte de delirios místicos y de extravagantes «intuiciones», al ocultismo, a la telepatía, a la astrología, etc., etc. El «vitalismo» y el «dios matemático» de otros tiempos son un juguete inocente si se los compara con las necedades escolásticas y místicas que hoy ven la luz, estampadas en letra de imprenta, en los países fascistas. Parece como si los grandes monstruos paleontológicos, los dinosaurios y los iguanodonas, se arrastrasen de nuevo por el suelo prehistórico.

Tal es, rápidamente abocetada, la crisis cultural que atraviesan los países capitalistas. El cuadro no es completo ni recoge en toda su «riqueza» la realidad. Pero el fondo sobre que se destacan estas imágenes no puede ser más claro. Spengler lo formula bastante bien: «Defender hasta el fin las posiciones perdidas, sin esperanza y sin salvación: he ahí nuestro deber. Mantenerse en pie hasta el fin, como aquel soldado romano cuyos huesos se encontraron a las puertas de Pompeya y que había muerto porque, al ponerse en erupción el Vesubio, sus superiores se olvidaron de relevar la guardia. Eso es grandeza y eso es orgullo y honor de raza. Este final glorioso es lo único que no se le puede quitar al hombre.»

La confesión no puede ser más sincera. Así habla la psicología fascista vista por dentro, en sus más altos representantes. Claro está que el «caballero» vestido con piel de tigre no monta precisamente la «guardia», sino que manipula diligentemente con el látigo. Pero no le servirá de nada. Los avances de nuestra cultura socialista vienen a realzar la prueba de que estos intentos están irremisiblemente condenados a la derrota.

VI

Sobre este fondo sombrío de la cultura capitalista agonizante se destaca con maravillosa nitidez el potente desarrollo de la cultura material y espiritual en la Unión Soviética. Esta cultura es todavía muy joven. Aquí, todo se halla aún en fermentación. Pero, la *dinámica* del proceso, su tendencia, las fuerzas internas que en él se despliegan, su grandiosa unidad, las oleadas creadoras, que bañan en cultura a millones de hombres nuevos: todo contribuye a hacer de la Unión Soviética una esperanza real y firme del proletariado mundial. Esperanza tanto más fundada y sólida cuanto que la dictadura del proletariado ha echado ya los cimientos pétreos de la Economía socialista, batiendo records mundiales de celeridad en el trabajo constructivo y acreditándose como una formidable fuerza creadora, en una época en que en el mundo capitalista, envuelto en las nieblas sombrías de la crisis, todo es negrura y postración.

Los ideólogos mendaces del fascismo se esfuerzan todavía por achacar al comunismo triunfante rasgos y cualidades que son patrimonio exclusivo del fascismo. Así, por ejemplo, en un libro titulado «Revolución en torno a Carlos Marx» (Leipzig, 1929), el fascista alemán Ricardo Bie hace la ridícula afirmación de que «Lenin sentía un profundo y acertado recelo contra la cultura y la instrucción...», que desfiguran el carácter de los pueblos; el mismo autor nos asegura que Lenin «odiaba la cultura», y que «en este aspecto, era, en el fondo de su carácter, un *mujik* y un ruso nacional, vuelto de espaldas a Europa; que «odiaba las ciudades» y que en esto precisamente residía su «fuerza». Un colega de este «culto» fascista, el filósofo ortodoxo S. Frank, personaje bastante conocido, que ahora se refugia bajo las alas pardas del cisne fascista, en un

trabajo titulado «El Bolchevismo y el Comunismo como fenómenos del espíritu» (Berlín, 1925), mantiene una posición diametralmente opuesta a la de su correligionario. «En realidad—escribe este autor—, el comunismo como tal no tiene sus raíces histórico-nacionales en la vida del pueblo ruso ni en la ideología nacional de este pueblo. Es una doctrina importada de Occidente, doctrina que debe ser considerada como el último engendro del descreimiento occidental, del abandono de Dios en toda la vida social y del Estado de los países de Occidente.» Como se ve, no están de acuerdo. Sin embargo, por encima de estas discrepancias hay una coincidencia fundamental: la que consiste en considerar el gobierno del proletariado, provenga de Oriente o de Occidente, como una institución satánica y una invención del diablo. Pero todas estas necesidades de los oscurantistas contemporáneos, junto a los cuales los «hombres sombríos» de los tiempos de la Reforma podrían pasar por verdaderos genios de comprensión humana, se esfuman como el éter en el aire ante la avalancha de los hechos nuevos que nos hablan diariamente de los avances gigantescos de la Unión Soviética, de los triunfos maravillosos de la lucha de clases del proletariado.

En la marcha cultural de la Unión Soviética tienen una importancia fundamental factores como los siguientes:

1 **Emancipación de las fuerzas productivas del yugo del capitalismo y de la pequeña propiedad privada sobre el suelo.**—En los países capitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas tropieza con la propiedad privada, piedra angular del capitalismo. La revolución de Octubre ha roto estas cadenas para siempre. La revolución proletaria ha creado un tipo nuevo de relaciones entre la producción y el consumo, acabando con el rezagamiento de las necesidades efectivas de las masas inherente al capitalismo, destruyendo el parasitismo de la clase gobernante y echando por tierra los valladares de la Economía privada. De este modo abre de par en par las puertas al rápido desarrollo de las *fuerzas productivas*, impulsa las tendencias progresivas fundamentales de los avances *técnicos* (electrificación, industria química, procesos automáticos, combinados técnicos, etc.), pone en acción todas las posibilidades que dormitaban en la *fuerza viva de trabajo*, palanca decisiva de producción de la Economía: la clase obrera, redimida ahora de toda explotación, se convierte en manantial de nuevas y complejas energías creadoras. Finalmente, los últimos años de la revolución socialista han venido a emancipar a la *agricultura*, y con ella a toda la Economía del país, de las trabas de la *pequeña propiedad*, dentro de cuyas lindes no se puede desarrollar una técnica agrícola pujante. La ofensiva socialista victoriosa, proclamada por Stalin y llevada por él a la práctica con férrea tenacidad, condujo al aniquilamiento de los *kulaks* y a una transformación asombrosamente rápida de la agricultura. La creación de nuevas formas de producción agrícola, con los *koljoses* y los *sovjoses*, la gran Economía socialista de la tierra, era la premisa obligada para infundir rapidísimamente a estas formas un nuevo contenido material, y sobre todo un nuevo contenido *técnico*: la maquinización de la agricultura y la aplicación de la química a la técnica agraria alcanzan triunfos cada

vez más poderosos. En este campo, el *trabajo vivo* progresa también y se eleva a un nivel insospechado de calificación técnica, política y cultural. Y en relación con esto, el principio de la Economía socialista *sujeta a plan* adquiere una importancia cada vez mayor.

2. **Orientación hacia el progreso técnico.**—Es algo que se desprende, con férrea necesidad, de lo que queda expuesto, al igual que la actitud ante la *industrialización*. Pero con una particularidad, y es que la *industrialización socialista* no acentúa, como la capitalista, el divorcio entre la ciudad y el campo, sino que tiende, por el contrario, a salvar el abismo que hoy los separa y a llevar el progreso industrial a la agricultura, acabando con el «*idiotismo de la vida rural*». Intimamente relacionado con esto se halla la orientación hacia la *gran Economía*; es decir, la tendencia a crear relaciones cada vez más estrechas y más organizadas, que formen un todo económico armónicamente socialista.

3. **Orientación hacia la independencia económica y hacia la Economía socialista mundial.**—A diferencia del fascismo, que coloca en la cúspide de la pirámide la «*nación*», aislada de las otras «*naciones*», la Unión Soviética está *ya* cimentada sobre una base *internacional*: dentro de sus fronteras conviven las masas trabajadoras de un sinnúmero de nacionalidades, pueblos y razas. Frente al *mundo capitalista circundante*, mundo que es el poderío del *capital*, diametralmente opuesto por su estructura de clase a la sociedad socialista, la Unión Soviética lucha por su *independencia* económica; es decir, aspira a tener una base económico-social propia y suficientemente firme, pero sin romper las amarras de las relaciones comerciales con los países capitalistas. En el plano de las *perspectivas*, la dictadura proletaria se orienta hacia la *sociedad comunista mundial*, hacia una unidad orgánica grandiosa, sin explotación y sin clases, hacia una Economía que será la base de la verdadera fraternidad entre todos los hombres.

4. **Frente a la dictadura del capital financiero, el comunismo alza la dictadura del proletariado.**—Frente al «*Estado corporativo*» del fascismo, el comunismo alza el *Poder soviético*; al cesarismo fascista opone la *democracia proletaria*; a la tiranía de los Thyssen y los Krupp, el gobierno de los *obreros y los campesinos*; al régimen de cuartel y a las mezcolanzas económico-militares y de capitalismo de Estado, la Economía socialista centralizada, las funciones de la administración, convertidas en funciones del gobierno proletario, acaudillado por el Partido. Proclama abierta y francamente la dictadura del proletariado, como principio de clase, oponiéndole a toda esa charlatanería de la «*unidad nacional totalitaria*», a esas caretas de los «*estamentos*», las «*corporaciones*» o las «*profesiones*» unidas en régimen de *cooperación*, detrás de cuyas vacuas fórmulas jurídicas se esconde el verdadero contenido de clase del capital. La dictadura del proletariado, acabando con las clases parasitarias, destruyendo incluso el terreno en que éstas pueden germinar, logra una grandiosa *eficacia* y una asombrosa *actividad*, moviliza a millones de hombres y mujeres, moldea a cada paso formas nuevas de cooperación de las masas en la vida del Estado y asegura en el terre-

no de la realidad y en el proceso del trabajo un desarrollo cada vez más vasto y más profundo del *nivel cultural de los pueblos*.

V

El proceso cultural de la sociedad socialista, que avanza bajo el tiroteo sistemático de sus enemigos de clase, plantea toda una serie de problemas, que reclaman un esclarecimiento concreto. Entre el cúmulo de estos problemas, destacaremos unos cuantos que, además de ser fundamentales, constituyen blanco de crítica en el campo de nuestros enemigos.

1. **El problema del maquinismo socialista.**—Toda una serie de «sabios» y «teóricos» fascistas y semifascistas atacan a la cultura soviética achacándole una singular *adoración fetichista de la máquina*. Se nos acusa de haber elevado la máquina a los altares, de profesar el «culto de la máquina», de tender a la creación de hombres mecanizados y carentes de personalidad; de una civilización «sin alma», en que el hombre no es más que una unidad de cálculo, una cifra, un signo; de una civilización en la que se mata todo impulso creador, etc. Estos ataques se fundamentan en la crítica del «maquinismo en general», de la máquina como principio técnico escueto. Fácil es comprender que, en lo que encierran de verdad, estas censuras contra la máquina y el maquinismo deben dirigirse en realidad contra la aplicación capitalista de la máquina exclusivamente. La verdad se convierte inmediatamente en lo contrario, es decir, en mentira, cuando la crítica se endereza contra la aplicación de las máquinas en la sociedad socialista. Una de las paradojas o contradicciones fundamentales del capitalismo es precisamente la de que el desarrollo del maquinismo, en esta sociedad, no ayuda a las masas, sino que, por el contrario, convierte a un número cada vez mayor de hombres en parados y en hambrientos; en que, bajo el capitalismo, la máquina es un instrumento de que se sirve el explotador para robar sus energías a los trabajadores; en que convierte al hombre de esta sociedad en un «obrero pleicista», en una ruedecilla estúpida e inerte de un gran mecanismo (en la que el cansancio, la monotonía del trabajo, el hacinamiento de la fábrica, etc., mata toda inteligencia); en que, en esta sociedad, los instrumentos muertos reinan sobre el trabajo vivo, en que el hombre se ve convertido en un simple «brazo», etc. Todo esto ha sido brillantemente expuesto ya por Marx, a quien nadie ha superado en la crítica fogosa del maquinismo *capitalista* (aun reconociendo su carácter de progreso relativo, histórico, transitorio, carácter que hoy se ve convertido en su reverso).

Pero el *socialismo* invierte radicalmente todos los términos. Y el desarrollo del socialismo en la Unión Soviética aporta pruebas irrefutables de esto. En la Unión Soviética, las máquinas desempeñan un *papel emancipador* gigantesco: la jornada de siete horas, la simplificación del trabajo, la ampliación del tiempo libre, la intensificación del

rendimiento del trabajo, la elevación del nivel material de vida, el desarrollo de la cultura, la obra de educación técnica, la formación de personalidades (obreros de choque), son todas manifestaciones íntimamente relacionadas con la mecanización del proceso de producción; es decir, con la aplicación de la maquinaria. En vez de paro forzoso, reducción de la jornada de trabajo; en vez de la rebaja de salarios para redoblar la explotación, elevación del nivel de vida; en vez del envilecimiento cultural y la muerte de la personalidad, su emancipación. Basta comparar al *mujik* de los viejos tiempos con el tractorista de un *koljós* actual, para comprender toda la necesidad de esas acusaciones de los jeremías capitalistas. En el *socialismo*, la máquina es la palanca más poderosa del desarrollo cultural. Bajo el *capitalismo*, el desarrollo de la técnica mecaniza al hombre trabajador; es decir, mata en él la inteligencia. Bajo el *socialismo*, el desarrollo de la técnica humaniza la máquina, es decir, la convierte en un arma en manos de las masas trabajadoras.

2. **El tecnicismo de nuestro tiempo y la sociedad sin clases.**—A pesar del salto gigantesco dado en todos los campos de la cultura, incluyendo las artes, las ciencias sociales y la filosofía, es innegable que, en el conjunto de la vida social que impera actualmente en la Unión Soviética, se advierte una considerable *elevación del peso específico de la técnica*, como consecuencia del desarrollo exclusivo de la cultura política marxista. Este hecho aparece también reflejado en la popular consigna de Stalin: «En el período de reconstrucción, la técnica es el todo.» Pero en estas palabras de Stalin no se contiene solamente la *proclamación* del fenómeno: se contiene también su *explicación* y un determinado *pronóstico*; es decir, una previsión del desarrollo futuro.

Unas observaciones preliminares. Es indiscutible que en la Unión Soviética los factores técnicos de la cultura desempeñan una función absorbente. En el régimen de cultura y educación de la Unión Soviética se advierte el predominio *unilateral* del factor técnico. Si nos fijamos, por ejemplo, en los nuevos intelectuales proletarios salidos de las aulas soviéticas, observaremos inmediatamente que en estas nuevas promociones de cuadros intelectuales predominan de un modo absorbente los técnicos, los ingenieros, los agrónomos, etc. Las disciplinas «humanistas» (el arte, las ciencias clásicas, la historia, etc.) se quedan rezagadas en segundo o tercer plano. Hay una vocación marcada por la técnica, por los inventos, por la labor práctica, por el trabajo de organización. Es muy frecuente encontrarse, en la Unión Soviética, con personas que, teniendo un gran dominio de la técnica y de las ciencias exactas y naturales correspondientes a su profesión, no tienen ni la menor idea de las tragedias griegas, del movimiento filosófico de la «Joven Alemania», ni siquiera de los autores clásicos rusos de segundo término; a veces ignoran hasta los hechos fundamentales y más elementales de la historia. En una palabra, la educación «clásica» no ha dejado la menor huella en estos hombres. Los héroes del día son el inventor, el técnico, el obrero de choque. Este «estilo cultural» de

los tiempos actuales revela claramente el *tecnicismo de la época*, en el sentido estricto de esta palabra.

Sería de todo punto falso creer que este carácter parcial que advertimos en las manifestaciones actuales de la cultura soviética es un rasgo característico del socialismo en general y de la sociedad comunista sin clases. No, la verdad es muy otra. Las raíces históricas concretas del tecnicismo actual hay que buscarlas en las *exigencias objetivas del momento presente*, en la necesidad de llevar a cabo la reconstrucción técnica del país, de asimilarse toda la complejidad de los nuevos agregados técnicos, de elevar la calificación de todas las fuerzas de trabajo de la ciudad y del campo hasta el nivel que corresponde a la maquinaria y a los aparatos modernos. De aquí el entusiasmo de la asimilación. Y de aquí también esa gigantesca apetencia de todas las fuerzas activas y creadoras de la clase revolucionaria, del proletariado, apetencia dirigida hacia la técnica y forzosamente «unilateral», dentro de un período histórico que será breve.

Hay en esta unilateralidad inevitable e históricamente necesaria algo de lo que Hegel llamaría la «astucia del sentido histórico». Es la antítesis de la vieja «cultura», con su ritmo lento de trabajo, con sus hábitos de trabajo asiáticos, propios de esclavos, con la apología de las primitivas herramientas, con las que el ruso desafia orgullosamente a la «máquina» del astuto «Inglés», con sus Oblomof y sus haraganes impenitentes, con sus Soloviof, sus Dostoevski y sus Tolstoi, sus afroditas y sus vírgenes, con su abulia patológica y su no resistencia al mal, con aquella famosa mística «alma eslava», tema de tantos y tantos «estudios» europeos más o menos serios y más o menos cómicos.

El acusado *tecnicismo*, reflejo ideológico de la lucha de clases del proletariado por asimilarse la técnica, y el *eficacismo* que lleva aparejado, destruirán hasta los últimos vestigios de esas supervivencias ideológico-«culturales» de la era patriarcal. Pero, conforme se eleva la cultura técnica del país soviético, crece también la necesidad de impulsar el desarrollo en toda una serie de sentidos nuevos. En este respecto, es altamente característico el movimiento que ha brotado de un modo elemental en el seno de nuestras masas estudiantiles técnicas. Me refiero al movimiento que tiende a la organización de «Universidades culturales», en que la juventud técnica que se forma en las aulas reciba en los días de descanso y en forma de conferencias «libres» sobre filosofía, historia, arte, etc., una dosis determinada de cultura general. Y exactamente lo mismo podemos decir de sectores sociales mucho más amplios, de todo el proletariado y de la masa koljosiana. Y es que, en las condiciones de la vida soviética, el desarrollo del tecnicismo lleva en sí mismo el germen para la superación de sus propias limitaciones. No está lejano el día en que la ciencia y la cultura, en la Unión Soviética, florecerán de un modo esplendoroso en toda su variada multiplicidad.

En las páginas anteriores hemos estudiado el proceso de avance de la cultura material en la Unión Soviética, las tendencias que impulsan el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas, la función emancipadora de la técnica y de la maquinaria bajo las condiciones específicas de la Economía socialista y las características especiales de tecnicismo que informan todo el estilo cultural de la U. R. S. S., un tecnicismo que es necesario enfocar en su limitación histórica concreta. En las páginas siguientes, vamos a exponer otra serie de problemas que plantea la vida social y la cultura socialista de la U. R. S. S. Siempre teniendo en cuenta que se trata casi siempre de valores todavía en gestación, que deben enfocarse e interpretarse precisamente con este carácter; es decir, sin perder de vista los cambios históricos a que se hallan sujetos.

* * *

3. La Economía socialista centralizada y el problema del burocratismo.—Si empleamos la palabra *técnica* en un sentido amplio, no como la técnica de la producción exclusivamente, sino como la técnica de manejo de cualquier asunto, vemos que en la Unión Soviética revisite una importancia extraordinaria la *técnica de la administración*; es decir, la técnica de la organización y la dirección de las actividades en general. Basta imaginarse el aparato gigantesco de administración que maneja el gobierno soviético, en cuyas manos se centralizan todos los hilos de dirección de la vida social y de la Economía socialista del país. Es una «máquina» formidable de gobierno, la más grande y complicada que ha conocido la humanidad en ninguna época de la historia. En determinadas condiciones históricas, el manejo de esta «máquina» de gobierno encierra, evidentemente, el peligro del *burocratismo*: los órganos intermedios de esta máquina no tienen ni pueden tener un contacto directo con las necesidades de la vida; la administración y el cuidado y la dirección de los asuntos se desenvuelven por medio de informes y atestados de abajo y de órdenes e instrucciones de arriba, y tanto unos como otras tienen que pasar, antes de llegar a su destino, por una serie de órganos intermedios. El método burocrático-oficinero, la primacía del papeleo sobre la vida real, la imposibilidad de adoptar una resolución atenta a todas las circunstancias de la realidad para cada caso concreto, la presión burocrática, la sequedad abstracta de las decisiones, la actitud funcionarista ante los pleitos que se plantean, la empleomanía, son todos problemas que existen en la realidad y contra los que el Partido lucha de un modo enérgico, como puede comprobarse leyendo los acuerdos del XVII Congreso del Partido bolchevique de la U. R. S. S. sobre las cuestiones de reorganización. Hay, en este sector de la vida soviética, premisas de considerable importancia que garantizan que la lucha emprendida conducirá al triunfo. Estas premisas son: la iniciativa de las masas, la extensión gigantesca del «campo de selección», del que salen los nue-

vos activistas proletarios, los dirigentes de la técnica, de la cultura, del arte de organizar, los hombres que marchan a la cabeza de los innumerables frentes de la obra de edificación y que intervienen activa y extensamente en la dirección y marcha del Estado. Por eso a la vida social soviética no pueden aplicarse los criterios con que en su tiempo operaba el más inteligente de los ideólogos burgueses: el alemán Max Weber. Este sociólogo predecía el reinado de la máquina burocrática allí donde «el método burocrático-monocrático de la administración por medio de documentos» garantiza la máxima «minuciosidad, disciplina ininterrumpida y seguridad», por ser técnicamente el procedimiento más racional. Lo que al mismo tiempo conduce, según él, al imperio de la burocracia «al estilo del antiguo Egipto», donde todos los no burócratas se veían rebajados al nivel de simples «fellachs» (Max Weber: «Economía y Sociedad» y «Parlamento y Gobierno»).

En realidad, la estampa trazada por este autor no es más que la expresión utópica del *capitalismo de Estado* bajo la dictadura del capital financiero, donde la degradación del obrero para convertirse en un simple «obrero piecista», en «mano de obra», y la «racionalización» exacerbada se traducen en una verdadera «deshumanización» del esclavo numerado, despersonalizado y el individuo del voluble comercio o estrujado entre los engranajes de la industria se convierte en un servidor de los magnates de la oligarquía financiera. En la Unión Soviética ocurre precisamente lo contrario. Aquí, toda la dinámica que preside el desarrollo de la vida social tiende cabalmente a potenciar y desarrollar en el más alto grado las energías de las masas, la iniciativa individual y colectiva, las múltiples formas y métodos de la emulación socialista; todo se encamina a hacer que se destaquen y distingan un número cada vez mayor de hombres activos, trabajadores y llenos de iniciativas. Este es, en la Unión Soviética, el verdadero proceso fundamental, proceso tan distinto como el día de la noche de esa tendencia a la fosilización y a la esclerosis monopolistas que advierten con espanto y con pena los mejores ideólogos burgueses cuando investigan las realidades del capitalismo actual. La centralización socialista no mata las relaciones humanas, ni las fosiliza, dividiendo a los hombres en castas petrificadas, sino que asegura con intensidad cada vez mayor el rápido desarrollo de todas las potencias, energías y posibilidades que se encierran en las grandes masas proletarias, en los constructores y colaboradores activos de la dictadura del proletariado.

4. El problema de la jerarquía y su solución: jerarquía e igualdad como problema cultural.—Como hemos visto, el fascismo proclama como su idea central, básica, la idea de la *jerarquía*. Con ello no trata, ni mucho menos, de reconocer la diferencia de dotes, temperamentos, talentos, etc., que, en mayor o menor medida, existirá siempre. No; lo que el fascismo pretende con esta consigna es fortalecer el *régimen de clase*, convertirlo en una categoría eterna, reforzar el imperio del capital de ciertas grandes potencias sobre los pueblos coloniales, convir-

tiendo este poderío en una fuente eterna de lucro y explotación. Ya Nietzsche escribía en su «Anticristo»: «La jerarquía, el *régimen de castas*, no hacen más que formular la ley suprema de la vida misma.» Los déspotas más infames y más sombríos de la Rusia zarista, representados por aquel personaje de que nos habla la revolucionaria Vera Figner en uno de sus libros, que «consideraba perjudicial para el pueblo toda cultura, fuera del conocimiento de algunas oraciones y de la lista de los reyes de la dinastía gobernante», aquellos déspotas se creían también una eternización de esa jerarquía de castas que tanto entusiasmo a los ideólogos del fascismo. Todavía la última zarina del Imperio ruso, la devotísima amiga de Rasputin, afirmaba en diciembre de 1905, después de una feroz represión contra los campesinos revolucionarios: «Una gota de sangre zarista vale más que millones de cadáveres de paletos.» (Palabras recogidas textualmente en la obra titulada «Días pasados», 1927, pág. 16.)

El comunismo no enfoca la igualdad en el sentido vulgar, utópico y racionalista de la absoluta nivelación de los individuos, como un régimen en que todos sean iguales como las ovejas en el redil, sino en el sentido de la *destrucción de las clases*, de la abolición de toda opresión, de la creación de condiciones materiales de vida de todos y para todos (véase, acerca de esto, la «Crítica del Programa de Gotha», de Marx; el «Anti-Dühring», de Engels; el «Estado y la Revolución», de Lenin, y el informe de Stalin ante el XVII Congreso del Partido bolchevique). El comunismo se propone como objetivo y postulado de igualdad la destrucción de la sociedad de clase, realizada por la dictadura del proletariado. Todo el período de la dictadura proletaria, al elevar a las masas, antes oprimidas y culturalmente humilladas, al plano de verdaderas dueñas y señoras de su vida, echa por tierra las viejas relaciones, eleva el nivel material y espiritual de las masas y abre una senda radicalmente nueva de progreso. Durante el período de transición, con sus métodos implacables de gobierno, su dictadura del proletariado y una cierta «jerarquía» interna dentro de la clase trabajadora, «jerarquía» que se revela en cierto modo en la estructura del aparato de gobierno, se despliegan ya poderosas tendencias que, a lo largo de la lucha de clases y a través del proceso de pleno desarrollo cultural de las masas de millones de hombres, engendra un tipo nuevo de relaciones, en que el hecho de la agonía del Estado irá acompañado por la *radical desaparición de toda jerarquía político-social*.

Es el camino diametralmente opuesto al que pregonan los señores fascistas cuando, siguiendo a su maestro Nietzsche, se llenan la boca con frases como las de la necesidad del «sentimiento de la disciplina» y la «pirámide social», en que el simple mortal no es más que una piedra inerte, condenada a estarse eternamente quieta en el mismo sitio. La desigualdad de talentos y las diferencias en cuanto al color del pelo, en cuanto a los temperamentos y a las pasiones, la función social y la significación y relieve de ciertas personas en los distintos campos de la cultura, son cuestiones aparte, categorías de orden especial que no estorban en lo más mínimo a la elevación gigantesca del nivel de las

masas. En la Unión Soviética, estamos asistiendo a un avance arrollador de las energías de las masas, del trabajo creador del hombre a base de la democracia proletaria, a un desarrollo gigantesco de la cultura de las masas, a las manifestaciones de un sentimiento totalmente nuevo en las masas: un sentimiento de codicia de aprender, de saber, de perfeccionarse. Mientras tanto, el «orden» esclerótico del capitalismo fascista se estanca y retrocede hasta las murallas de piedra de la Edad Media.

5. **Especialización, trabajo físico e intelectual, los planes y el problema del hombre armónico.**—El desarrollo gigantesco de la cultura, y precisamente de la cultura de las masas, que penetra hasta en los poros más profundos del pueblo, es un hecho positivo en la Unión Soviética, hecho que nadie puede dudar. Pero surge en el espíritu de algunos esta duda: ¿acaso no iremos por este camino, cultivando el desarrollo de la especialización y rompiendo con la vieja tradición del «enciclopedismo» y de la «cultura general», a degenerar al hombre trabajador más de lo que ya está, a convertirlo en un hombre a medias, en un hombre incompleto y mutilado? ¿No conducirá esta senda de progreso a acentuar todavía más el divorcio entre los grupos profesionales de hombres y la sociedad y a esa penuria espiritual del hombre «ajetreado» que, en última instancia, podrá conducir a la muerte de toda la cultura? A todas estas preguntas hay que contestar, sin ningún género de dudas, con un categórico ¡no! Ya hoy, es decir, en pleno período de transición hacia el comunismo, en un período que lleva aparejadas forzosamente toda una serie de limitaciones, que se corregirán por sí solas en el transcurso de la evolución, nos encontramos con que el desarrollo de la especialización, en la Unión Soviética, no presenta los caracteres propios de la especialización bajo la forma capitalista. De hecho, hoy todo obrero activista de una fábrica, cualquiera que él sea, interviene personalmente en la formación de los planes internos de la fábrica, en la redacción y aplicación del plan técnico y financiero de producción, actividad que abre grandes horizontes a su trabajo y se sale de los cuadros profesionales de su especialidad. Más aún: todo obrero soviético se ve en la necesidad de «relacionar» los problemas de «su» fábrica con los problemas que plantea su profesión y otras afines y con los problemas generales de la Economía y la política del país. Cualquier activista koljosiano, el brigadier de cualquier equipo agrícola especializado, interviene en la redacción del plan de producción y trabajo de todo el koljós, en el cálculo de los factores más importantes de todo el proceso de producción, en el desarrollo de este proceso, tanto desde el punto de vista técnico como en el aspecto económico. Cualquier técnico o ingeniero, por muy especializado que se halle en una materia delimitada, opera dentro de un radio incomparablemente mayor de intereses y cálculos técnicos. Cualquier investigador científico especializado, sea el que fuere, se ve obligado por las circunstancias a considerar su labor como un eslabón dentro de la gran cadena de la división social del trabajo, en que una disciplina se halla articulada con las

otras y en que todas ellas sirven en último término al progreso técnico-económico de la sociedad socialista en construcción.

En este sentido hay que enfocar la tendencia a acabar con la división y el divorcio del *trabajo físico* y el *trabajo intelectual*. Esta tendencia se destaca con especial relieve en las posiciones más avanzadas de la lucha por el socialismo. En los exámenes de los estudiantes técnicos soviéticos (por ejemplo, los de los obreros de la estación eléctrica que mueve la fábrica «Dserchinski», de Kamiensk) observamos cómo la capacidad técnica va unida en ellos a un alto nivel teórico. Otro ejemplo: en Kabarda, todos los obreros de tipo administrativo intervienen en el proceso material del trabajo. Por lo demás, el simple hecho de haber creado un sector nuevo y extensísimo de intelectuales proletarios dice bastante, en cuanto a la tendencia a acabar con el antagonismo capitalista reinante entre el trabajo físico y el intelectual. Rasgo característico es que esta intelectualidad proletaria va cobrando proporciones cada vez mayores, tendiendo a absorber a toda la clase obrera y a los trabajadores todos del país.

La emancipación real y efectiva de la *mujer trabajadora*, es decir, la destrucción del antagonismo entre el trabajo de la mujer y del hombre, va desenvolviéndose con rapidez cada vez mayor a medida que la base material para ello se ensancha. La incorporación de la mujer al proceso del trabajo social, desde la fábrica hasta los puestos más altos de las funciones de gobierno y administración, de una parte, y de otra el desarrollo de las instituciones de asistencia social (alimentación colectiva, etc.), abren un abismo entre la cultura soviética y la cultura fascista o influida por el fascismo de los países occidentales, en que la mujer se ve reducida a la situación de una esclava doméstica y de un accesorio del lecho conyugal, y en que esa «dicha familiar» de los hogares medievales se complementa con el desarrollo rapidísimo de la prostitución de ambos sexos.

En la Unión Soviética se están echando a pasos agigantados las premisas para la creación del *hombre armónico*, del *constructor de la sociedad socialista*. El sistema de los planes es la garantía objetiva contra todo peligro de fraccionamiento y de unilateralidad. Los planes hacen compatible la gran complejidad de la vida social con la tendencia, cada vez más acentuada, a *sintetizar* las más diversas experiencias prácticas y los más variados campos científicos. De otra parte, los planes no son algo pasivo, muerto: son un sistema de normas eficaces, concebidas entre bases científicas y hechas para ser ejecutadas. Por eso el tipo de *Economía socialista sujeta a plan* aún necesariamente la ciencia y la eficacia, la inteligencia y la voluntad. Mientras que la Economía capitalista y mercantil hacía añicos al hombre, lo despedazaba en trozos, desfigurándolo, destruyendo su personalidad, encadenándolo de por vida a la esclavitud de una pieza, el socialismo crea un tipo nuevo de hombre, un hombre *total*, armónico, lo forja *en el trabajo y en la lucha de clases* contra todas las tradiciones conservadoras y rutinarias de un pasado de esclavitud. Por primera vez en la historia, sobre una base material mucho más rica y más compleja que nunca,

surge el tipo del hombre total, del hombre completo, del forjador del socialismo, cuya inteligencia y cuya voluntad, cuyo trabajo físico e intelectual, cuya teoría y cuya práctica, cuya ciencia y cuya actividad, cuya especialización concreta y cuya orientación universal aspiran conjuntamente al logro de una unidad superior. Y esto deja su huella, como fácilmente se comprende, en todos los aspectos de la vida social, desde el «medio» hasta las más «altas» manifestaciones de la llamada «cultura espiritual».

VII

6. La «sociedad», la «personalidad» y el problema de la libertad creadora. Individualismo y colectivismo.—No obstante, cabe preguntarse si el desarrollo de este sistema general y universal de los planes no encerrará de suyo una tendencia que ahogue la iniciativa, la originalidad, la libertad y la alegría creadora del individuo, «planeando» las actividades vitales al modo como las planeaba el personaje de Chedrin. Este problema nos salió ya al paso más arriba, pero conviene que lo enfoquemos aquí desde otros puntos de vista nuevos.

Ante todo, unas consideraciones de principio. Supongamos que ciertos individuos, digamos X, Y y Z, procedentes del campo de los antiguos intelectuales calificados, no «crean» en la causa del socialismo, que prefieran decididamente el capitalismo y que en la liquidación de la llamada «cultura clásica», por ejemplo, vean la «destrucción de la cultura» en general. A estos hombres, todas las medidas encaminadas a edificar el socialismo les parecerán por fuerza disparatadas y absurdas, las tareas que se les asignen se les antojarán una humillación, una imposición y un golpe asestado contra el espíritu creador en general, sin ver que en realidad se trata del choque de dos clases, de dos ideologías, de dos orientaciones *inconciliables* la una con la otra. Es indudable que para la «metamorfosis» contrarrevolucionaria de la cultura, para emplear ésta como arma contrarrevolucionaria, no existe ni tiene por qué existir «libertad». Pero el reflejo subjetivo de este proceso de estrangulamiento de las tendencias contrarrevolucionarias y restauradoras en las cabezas de quienes encarnan en sus personas los vestigios agonizantes de las viejas instituciones no borran ni pueden borrar, por mucho que se esfuercen, un hecho de importancia histórica gigantesca y de alcance universal: el hecho de que, por vez primera en el mundo, el régimen soviético ha dado una libertad efectiva de creación y vía libre para el desarrollo de sus dotes creadoras a millones y millones de seres; el hecho de que esta libertad descansa sobre una base material cada vez más ancha y más firme y de que en la Unión Soviética se está desarrollando un proceso formidable de *diferenciación de la personalidad* (no hay más que comparar, por ejemplo, el «ganado gris» del ejército zarista y la potente individualidad de un soldado del Ejército Rojo; la masa resistente y tenaz de los *mujiks*, una masa

socialmente homogénea, y el actual proceso de diferenciación de los *udarniks* y los activistas de los *koljoses*; y no hablemos de la masa *proletaria* y de los dirigentes, héroes del trabajo, obreros de choque y obreros de vanguardia que en ella se destacan, y cuyos nombres oye y ve escritos el país entero). Aquí, la ejecución de los planes generales del Estado no es un atentado contra la «libertad creadora» del individuo, pues no encierra un choque fundamental entre potencias distintas: la ejecución del plan es sentida por estos hombres como una vocación suya propia, personal, íntima, ya que sólo en este plano se pueden desarrollar sus dotes creadoras e inventivas. De aquí que todo el sistema de las relaciones de trabajo, tanto en el campo de la producción material como en la órbita de la producción «espiritual», se desarrolle sobre una base armónica (edificación de la sociedad sin clases, línea general del Partido), la que más racionalmente refleja los intereses y las aspiraciones de las grandes masas del pueblo.

Esto define y explica el *colectivismo* que informa todo el estilo de la nueva cultura que se está creando en la Unión Soviética. Colectivismo que no envuelve en modo alguno la negación de la *individualidad*, aunque sí lleva consigo la negación del *individualismo*. Bajo la nueva cultura, la individualidad se desarrolla y fortalece en masa, pero a la par muere para siempre ese principio individualista que divorcia al hombre de la sociedad, siembra la semilla de la discordia entre los hombres, les impide entenderse para la defensa de sus intereses comunes y los empuja en distintas direcciones. Individualidad e individualismo son cosas distintas. La tendencia al burocratismo y al papeleo—no vale negarlo—pugnan por hacer caer su peso muerto sobre el desenvolvimiento cultural de la U. R. S. S. Pero sus esfuerzos serán vanos. Las pujantes tendencias *fundamentales* de la nueva cultura van cortando sistemáticamente los dedos de esta mano inerte y helada, en una lucha tensa y tenaz de masas, de las que las nuevas fuerzas salen siempre como vencedoras en toda la línea. De este modo, la nueva cultura socialista aúna la unidad y la variedad, el colectivismo y el desarrollo de la individualidad, el progreso cultural de las masas y un proceso vario y múltiple de selección de personalidades dirigentes. Pero esta selección no es el fruto de una polarización de la masa embrutecida, cogida entre las férreas garras de una casta *explotadora* y del florecimiento parasitario y decadente de una oligarquía capitalista, sino la elevación creciente del nivel cultural de la colectividad, diferenciada, múltiple y compleja; proceso de elevación muy desigual en sus diversas partes, pero innegable, pujante, arrollador.

7. **La moral del comunismo.**—Echando las bases materiales para que las necesidades humanas se desarrollen en todos sus aspectos, el socialismo y el comunismo como fase superior de la sociedad constituyen una época de desarrollo riquísimo, jamás conocido, de todas las dotes, talentos y pasiones del hombre, con las cualidades de estilo cultural inherentes a la sociedad socialista. En este aspecto, no hay que

dades de *cada* fase, de la fase *concreta* en que nos encontramos dentro del proceso general de los acontecimientos.

El socialismo es un tipo de Economía orientado hacia la satisfacción de las *necesidades de las masas*. Y, no obstante, hemos pasado por una etapa de desarrollo en que todas las fuerzas de la sociedad hubieron de derrocharse para la producción de *medios de producción*, pues sólo resolviendo este problema podía pensarse en intensificar rápidamente la producción de *artículos de consumo*. El comunismo es un ideario que abarca toda la plenitud, toda la multiplicidad, toda la variedad y la riqueza de la vida material y espiritual. Nada más lejos que él del ascetismo de que hacían gala los avaros de los tiempos de la *acumulación* originaria, de la ideología de los eunucos y los castrados, los tullidos, los pobres de espíritu y los siervecillos de Dios. Pero en los tiempos del comunismo de guerra, durante la revolución y la guerra civil, hubiera sido necio predicar el epicureísmo; en aquella época *concreta*, una cierta dosis de «espartanismo» era conveniente, y hasta necesaria, pues curtía el espíritu de los luchadores. El comunismo no lucha por la pobreza, sino por una plenitud rebosante de vida. Pero la lucha para alcanzar esta meta tiene varias etapas, y el heroísmo de esta lucha, en la que se forjan y funden las masas, reclama normas que eduquen en el hombre el *desprecio a la muerte*, una gran generosidad en el perder la vida, si ello es necesario para alcanzar la meta propuesta. El comunismo no conoce la vacilación ni la cobardía. Los grandes ideales exigen un heroísmo militante y activo, que se despliega no como un don sobrenatural, sino como una cualidad social y «lógica» de la gran clase y del gran Partido. El comunismo es la realización de la *fraternidad* entre todos los hombres, pero la consecución de este postulado presupone el triunfo en la más implacable lucha de clases, triunfo que, a su vez, tiene como premisa la *solidaridad internacional del proletariado*, el más profundo y arraigado internacionalismo revolucionario, de una parte, y de otra el odio universal de clase contra el capital. Por eso el comunismo considera como a sus peores enemigos a esos postulados del amor cristiano entre todos los hombres, los postulados de la no resistencia al mal y las predicaciones de la renuncia a los bienes de la vida. Tal es la dialéctica de la moral del comunismo, basada en el análisis científico del proceso histórico.

VIII

8. **Conocimiento racional y optimismo del conocer.**—El comunismo es actualmente la única fuerza que defiende de un modo consecuente el materialismo, desde el campo del desarrollo técnico hasta los detalles más sutiles del conocimiento racional. Cuando la burguesía, en el ocaso de su régimen, desengañada del poder de la inteligencia, se vuelve de espaldas a ella para refugiarse en la intuición irracional, en un vago idealismo, en la llamada mística de la «voz de la sangre» y en 23

las más diversas formas de curandería y milagrerismo, la Unión Soviética ve cómo el conocimiento racional de las cosas, perfeccionándose en sus formas, confirma más y más, con cada día que pasa, a lo ancho y a lo hondo, su fuerza pujante. El desarrollo de la cultura en general y de sus ramas técnicas en particular, la aplicación intensiva y consciente de la ciencia en el proceso de producción, la racionalización de los procesos fundamentales de vida de la sociedad—unida a la implantación triunfal del sistema de los planes—: todo contribuye a fortalecer en alto grado las posiciones del conocimiento racional, de las ciencias exactas, de la filosofía dialéctico-materialista, que va convirtiéndose ya cada vez más marcadamente en el único método viable para toda investigación científica en general.

Como se ve, nuestro racionalismo no es aquel *racionalismo esquemático y abstracto* del llamado «siglo de las luces», con su antihistoricismo, unido a la inmovilidad de las «verdades conceptuales», plasmadas de una vez para siempre. No; nuestro racionalismo es el del proceso histórico del conocimiento, infinito en el tiempo, sin vallas ni fronteras inmutables, por lo menos en el plano de los principios. La nueva cultura soviética tiene mucho de *optimismo racional y creador*. Es la convicción arraigada de la realidad del proceso del conocer, contrastada por las formidables experiencias de la práctica, por la gigantesca obra de edificación, por la inmensa transformación de todo el país. En la Unión Soviética no existe eso de «no podremos conseguirlo», «no llegaremos a verlo»; el célebre «Ignorábilimus», de Dubois-Raymond, es moneda que no tiene circulación en la U. R. S. S. Todo el tono intelectual y emocional de la cultura soviética es otro muy distinto. En la Unión Soviética, las flechas que rompen la marcha de todo el proceso histórico van disparadas sobre otro blanco.

9. Europa, Norteamérica, la U. R. S. S.—Ahora, estamos ya en condiciones de contestar, en términos generales, al problema del estilo que presenta en conjunto la cultura de la Unión Soviética y de compararlo con el de Europa y Norteamérica. Europa y la cultura europea se distinguen de Norteamérica y de la cultura específicamente norteamericana por su mayor «espiritualidad». Esto ha dado pie a ciertos teóricos para investigar la causa de las diferencias que se advierten entre la cultura «interior» de Europa y la civilización «exterior» de los Estados Unidos. Que entre ambos continentes existe una diferencia de masa cultural, es indudable. Tampoco deja lugar a dudas que en Norteamérica, pese a su potente técnica, las clases gobernantes y sus ideólogos no poseen el refinamiento, la agudeza cultural de las europeas, agudeza y refinamiento que son uno de los rasgos característicos del desarrollo cultural de Europa. Pero, examinando de cerca el problema, llegamos a la conclusión de que en Europa podía observarse también (y todavía puede observarse hoy) una «espiritualidad» cuyas raíces se remontan hasta la masa de la herencia económica y cultural del *feudalismo* (nobleza, aristocracia de la tierra, metafísica, teología, escolasticismo, ceremonial palaciego, ritual, categorías «consagradas», etc.). De otra parte, la cultura (burguesa) europea hubo de abrirse por su cuen-

ta *camino*s nuevos y, como consecuencia de esto, *ahondar* inevitablemente en todos los problemas. Los Estados Unidos casi no conocieron el feudalismo. Unos cuantos hombres expeditivos y enérgicos aventureros, repartiéndose por todo el país, se apresuraron a desnatar la crema de la cultura europea, para empuñar rápidamente otras palancas más prosaicas. Los rasgos clásicos del capitalismo, y con ellos sus rasgos «culturales»—el poder del dinero, el anonimismo, la ausencia de personalidad, la «falta de alma», el cinismo comercial, unido a una codicia febril de enriquecerse y a una actividad, multiplicidad y pericia no menos febriles—se desarrollaron aquí en alto grado, adquiriendo contornos marcadísimos. El tecnicismo sin alma, nutrido sólo por la savia de la codicia, acentuando las tendencias europeas correspondientes, se convirtió en una de las piedras angulares de esta civilización que, hasta cierto punto, produjo sacamuelas y charlatanes de iglesia en vez de filósofos, y en vez de un sistema complicado de embrutecimiento de las masas, la «prensa amarilla», con sus tiradas de millones, el boxeo y los linchamientos. En cambio, el capitalismo norteamericano—sería necio no verlo—ha elevado a una altura verdaderamente vertiginosa las necesidades materiales de la sociedad, la técnica, la organización monopolista del capital, los experimentos y las invenciones.

Hemos visto que estos últimos tiempos han puesto de relieve nuevas tendencias de oligarquía, de «caudillismo», de capitalismo de Estado, de misticismo, de cuartel, de resurrección de tradiciones medievales. En estas tendencias de *retroceso*, Europa marcha con ritmo mucho más acelerado que Norteamérica, y los factores feudales de su vieja cultura van pasando cada vez más destacadamente a primer plano.

Frente a estos dos tipos de cultura, la cultura socialista de la Unión Soviética comienza a adquirir una fuerza *propia*. La Unión Soviética es la heredera de todas las corrientes reales de progreso. Y es, al mismo tiempo, la enterradora de todo lo caduco y todo lo reaccionario. La inmensa técnica de Norteamérica, su «organización científica del trabajo», ha pasado a manos de la U. R. S. S., que, transformándola críticamente, la continúa y la desarrolla. La Unión Soviética desarraiga todos los conceptos ideológicos, feudales y putrefactos de Europa: la religión, la teología, el escolasticismo, el ritual, el clericalismo filosófico, etc. Pero al mismo tiempo, continúa y *ahonda* más y más el materialismo dialéctico, las tradiciones más preciosas de la ciencia, el impulso del pensamiento teórico, el planteamiento de los grandes problemas, que en Europa se ven ahogados ahora por la bota militar de los nuevos pretorianos.

La Unión Soviética ha destruido la base de *explotación* en que descansaba la cultura, creando para ella un nuevo fundamento: una sociedad en la que millones de trabajadores emancipados despliegan sus fuerzas gigantescas, antes dormidas, e imprimen a todo el proceso de la historia un ritmo gigantesco y un empuje insospechado.

La crueldad del maquinismo capitalista se convierte, trasplantado a la Unión Soviética, en la fuerza liberadora de la máquina socialista; 25

el despedazamiento y la esclavización de la personalidad del obrero, en el fortalecimiento y la emancipación de su individualidad; el carácter parasitario de la cultura de los epígonos capitalistas deja el puesto aquí a la iniciativa creadora y a la apología del trabajo; la marcha hacia atrás y el embotellamiento en un callejón sin salida se convierte en el avance decidido y arrollador en todos los frentes; a la dispersión y al individualismo, al capitalismo del Estado de los cuarteles fascistas, opone la Unión Soviética un vasto plan de conjunto y un sistema colectivista de toda la cultura; a la vesania bestial del fascismo, el sentido internacionalista y la fraternidad del proletariado; a sus oscilaciones convulsivas entre el urbanismo y el ruralismo, la totalidad de la nueva cultura socialista; a los lamentables maullidos de sus místicos, la palanca del conocimiento racional; a su pesimismo senil, el grandioso y juvenil optimismo de los proletarios.

La cultura soviética es todavía muy joven y tiene todavía muchas manchas de nacimiento, heredadas del pasado, pero avanza con paso arrollador e incontenible, abarca ya cientos de millones de hombres y, como toda fuerza histórica liberadora y universal, tiene forzosamente que vencer, y vencerá.

POR QUE VENCEREMOS

(En la fiesta del Primero de Mayo de 1934)

Animados por el optimismo de su fuerza creciente de clase, desfilaron el Primero de Mayo por las calles de las ciudades y los pueblos de la Unión Soviética millones de hombres. Desfilaron bajo banderas rojas, entonando himnos de lucha, entre los acordes metálicos de las marchas triunfales. Desfilaron los veteranos ya encanecidos de la revolución y la juventud, las mujeres y los niños, y los acordes de la «Internacional» debieron de resonar en el mundo entero. Cientos de naciones, incontables delegaciones obreras del extranjero, los héroes de las barricadas de Viena, chinos y alemanes, japoneses y negros, proletarios europeos y americanos, todos desfilaron por la Plaza Roja de la capital soviética delante del gran Mausoleo, sobre el que planeaban cientos de águilas de acero, mientras los cañonazos de las salvas desgarraban los aires con su estrépito...

Volvamos por un momento nada más la vista al pasado, para medir la inmensa *distancia histórica* que de él nos separa. Hay que esforzarse, realmente, para comprender de un modo tangible cuán lejos navegamos ya de las viejas costas. Hecho característico: en este año de 1934, ya nadie habla, ya nadie se acuerda de los días en que cayó el zarismo y triunfó la revolución de Febrero. ¿A qué se debe esto? ¿Es olvido, ingratitud histórica, menosprecio, premeditación? Nada de eso. Es, sencillamente, un signo de los criterios gigantescos de cantidad y de calidad históricas característicos de nuestra época. Aquel gendarme azul del mundo, el monstruo del despotismo asiático, la máquina infernal de la

autocracia petersburguesa, sucumbió bajo la explosión de la cólera del pueblo. ¡Cuántas cosas, cuántos sentimientos y pensamientos, van asociados a este hecho! ¡Cuántos cambios indiscutiblemente grandiosos en todos sentidos! Y, sin embargo, aquellas jornadas se han hundido ya en el frío mar del olvido, pues el hálito ardiente de los tiempos, el río arrollador de la historia, la sucesión maravillosamente rápida de los acontecimientos, precipitándose unos tras otros, han desplazado a una remota lejanía histórica, envuelta entre brumas, este grandioso triunfo sobre las potencias de la barbarie.

* * *

El «sentido común» burgués, la reflexión y hasta la «razón» encoquetada enfocan siempre los hechos históricos desde el punto de vista de la «normalidad», de la sociedad capitalista «normal». A esto se debe precisamente el que los historiadores del capital hayan dado a luz tantas y tan profundas investigaciones en las que se demuestra que el capitalismo ha existido *siempre*: que siempre ha habido intercambio, que las cosas han tenido siempre dueño, que «la verdad, la bondad y la belleza» han resplandecido siempre como diosas rutilantes sobre las blancas cabezas de los hombres elegidos, de los favoritos de la fortuna, de los hombres ricos y fuertes. El intercambio de mercancías es, según estos historiadores, algo inseparable del alma humana. Ya el palo con que el salvaje derriba el fruto del árbol es capital, y siempre y en todas partes ha habido, hay y habrá capital y capitalistas. Es cierto que la historia nos habla de no pocas trabas que se han alzado en el camino del capital: las «barreras feudales», los «espíritus oscurantistas», la «plebevil», con sus ataques a la «sacrosanta propiedad», raíz de toda «verdadera» cultura. Pero las barreras feudales fueron saltadas y a la «plebe» (a los «proletarios») se les metió en cintura. Los esclavos fueron azotados, los *mujiks* colgados y las rebeliones de la «plebe» reprimidas. ¿Qué más se podía apetecer? ¿Acaso no demuestra la «experiencia de la historia» que todas estas tentativas de rebelión están condenadas de antemano al fracaso? ¿No demuestran acaso la historia y la «ciencia» que es absurdo y disparatado que los «órganos subalternos» de la sociedad, sus «soldados rasos», la «canalla», pretendan desplazar y sustituir a los hombres ricos, cultos y sabios, es decir, a los «órganos superiores»? ¿No es algo así como si de pronto las manos y la nariz, rebelándose, quisieran ocupar el sitio reservado al precioso cerebro? La vieja fábula del patricio romano Menenio Agripa se convirtió en dogma de la sociedad burguesa. Esta fábula había sido aderezada bajo una forma dulzonamente democrática. Al resucitar ahora a nueva vida, despidió un aroma de cuartel y de cuadra tan penetrante, que hasta algunos sacerdotes del «Tercer Imperio» comienzan a retraerse de ella.

* * *

Y, sin embargo, en el año 1917 se produjo un «milagro» histórico. La «plebe», como por aquel entonces la llamaba el señor Chernov, el ministro socialrevolucionario, teórico del «socialismo» blanquescino y

sonrosado, se alzó con el Poder, contra «toda razón», por la «anarquía». Toda la cohorte de dignísimos terratenientes, capitalistas con y sin título, profesores, generales de infantería y caballería, arzobispos de raza blanca y de color, ingenieros diplomados y poetas patrióticos, se sintieron de pronto miembros de una sola familia contrarrevolucionaria. Todos ardían en sed de sangre obrera, de intervención, de ametralladoras. Todo, naturalmente, en nombre de la «salvación de la cultura y de la civilización». ¡Cómo corrían aquellos patriotas a lamer los pies de los cónsules extranjeros! Estaban firmemente convencidos, por supuesto, de que todo aquello, todo aquel cataclismo histórico, no era más que un episodio pasajero, de que todo pasaría, de que «aquello» no podría sostenerse más que unas cuantas semanas, a lo sumo; de que era algo «anormal» e insostenible, como los escalofríos y el tifus, una «locura colectiva» que no podía durar. Estaban seguros de que las «leyes férreas de la eternidad», las leyes de la vida «normal», es decir, de la vida burguesa, se abrirían paso por encima de todos los obstáculos, restaurando en su trono al dios del capital y devolviendo la alegría perdida a los generales y a los filósofos del dinero, a los bancos y a la bolsa, a las iglesias y a las cocotas del *ballet* imperial. Pero el tiempo pasaba; los triunfos llovían, no se sabe cómo, sobre el regazo de los «malos», y hoy el Poder soviético cuenta ya diez y siete años de existencia. La Unión Soviética es ya una potencia proletaria inmovible: ha sabido desafiar triunfalmente la guerra civil y la intervención, el hambre y el bloqueo, la N. E. P. y las amenazas de un Thermidor, la ofensiva de los *kulaks* y la pobreza de su base económica. La heroica clase obrera ha triunfado de todo y aparece en la palestra de la historia universal como una fuerza organizada de primer orden.

* * *

La Historia es un libro grande y lleno de enseñanzas. Pero hay que saber leerlo. El titán del pensamiento humano, Marx, el genio incomparable de los siglos, el gran revolucionario de la inteligencia y la voluntad, nos ha enseñado a leer este libro. Dejemos que los pobres tentantes y sargentos del fascismo, con sus calzones de coracero, proclamen la muerte del marxismo, desfalcando a sus más sombríos antepasados, desenterrando las secreciones más venenosas y perversas del odio humano y presentando estos excrementos ideológicos como nuevas y trascendentales revelaciones. A nosotros, esto sólo puede movernos a risa. Para quien sepa leer en él, el libro de la historia dice mucho. En el transcurso de los siglos, se repitieron las tentativas hechas para sacudir el yugo de la explotación, pero los trabajadores rebeldes pagaron cada una de estas tentativas con una derrota. Y si alguna vez triunfaron por poco tiempo—la historia nos habla también de episodios de éstos—, no supieron hacer frente a los problemas del Poder, y los explotadores derrotados volvieron a levantar cabeza y a adueñarse de la dirección. ¿Por qué? La «filosofía» fascista sólo sabe contestar a esta pregunta con una respuesta universal: según ella, todo estriba en la raza, en la sangre, en el color del pelo, en la piel, en la pureza del árbol

genealógico. ¡Qué lamentable necedad y qué triste pobreza de espíritu y estrechez de horizontes! Hoy, sabemos con toda certeza que el ciclo de las grandes civilizaciones no se ha desarrollado en la historia, ni mucho menos, como pretende la «bestia rubia». Sabemos que los negros de Africa tuvieron sus propias y grandes civilizaciones, sabemos que en América y en China, en India y Egipto, existieron culturas antiquísimas. Sabemos que en India y en China han dejado su huella todas las corrientes del pensamiento filosófico que se nos ha enseñado a considerar como patrimonio privativo del espíritu europeo, principalmente de la cultura griega. ¿Pero qué puede explicarnos de esto la pobre sabiduría de las camisas pardas?

* * *

La revolución más antigua que conocemos es la rebelión triunfal de los pobres y esclavos de Egipto. Tenemos un «documento de época», un panfleto contrarrevolucionario, henchido de cólera de clase, vibrante y apasionado como un poema. ¡Qué limpieza de colores, qué imágenes y cuánto odio contra los pobres y esclavos victoriosos! Los insurrectos secuestraron la riqueza de los señores, se adueñaron del Poder, destruyeron los títulos jurídicos del pasado. Pero, a la postre, el pasado se impuso y el orden derrocado se restauró. Los vencedores temporales no disponían de nuevos medios de producción: seguían rigiendo la Economía sobre la misma base de sus predecesores; habían cambiado los grupos gobernantes, pero las fuerzas productivas y los medios de producción no habían experimentado ningún cambio radical. También es interesante e instructiva la historia de las antiguas revoluciones campesinas de China, en las que se registran también triunfos de los rebeldes, con el derrocamiento de grandes terratenientes y la instauración de nuevas dinastías campesinas. Pero también aquí acaba triunfando siempre lo viejo sobre lo nuevo. Y no sólo porque el aplastamiento militar de estas insurrecciones viniese a poner el punto sobre la i de la historia. No; la raíz del mal es más profunda. La causa principal de estas derrotas está en que los campesinos triunfantes, después de repartirse las tierras, permitían que en los altos puestos administrativos de la comunidad volviesen a formarse nuevos grandes terratenientes: la codicia sembraba la discordia en las filas de los vencedores provisionales, y esta discordia ahondaba y tenía necesariamente que ahondar la disensión, por no darse todavía lo que era requisito indispensable para el triunfo de la revolución: medios de producción mejores, medios de producción capaces de destruir las clases.

* * *

Demos un gran salto sobre los países y los siglos. Tenemos delante de nosotros una «nueva historia» y la avalancha arrolladora de la gran revolución francesa. Los pobres de la clase media tuvieron en la época del terror su heroica dictadura. Los *sansculottes*, los patriotas, los jacobinos, el partido de la Montaña, pusieron en pie a las masas, y en una acometida revolucionaria admirable derrotaron a la contrarre-

volución de dentro y de fuera. Pero también aquí acabaron por ser vencidos los rebeldes, y la cabeza de Robespierre cayó bajo la cuchilla de los thermidorianos. La dictadura de los jacobinos fué, objetivamente, la escoba de hierro del progreso histórico, que barrió el feudalismo. Pero, a la postre, las masas pequeñoburguesas encaramadas en el Poder no resultaron ser más que el mantillo en el que florecieron las sucias plantas de la especulación y de la usura burguesas. Los grandes postulados de libertad se convirtieron en cauces y sendas libres para una explotación libre y desenfadada. Tal fué el desenlace del gran drama histórico. A la trayectoria de la revolución francesa se acogían y se siguen acogiendo todavía hoy los adversarios del comunismo que se tienen por «pensadores». En este terreno brotan las reflexiones, las esperanzas y hasta las «profecías». ¿Acaso no es un hecho comprobado que, tras el terror y las revueltas «anormales» del año 1793, volvieron los tiempos tranquilos de la «normalidad»? ¿No se borraron las huellas sangrientas del terror y se curaron las malignas «enfermedades» de la revolución? ¿No se impuso también aquí la inexorable lógica interna de la «convalecencia» de los pueblos? Lo que ocurrió en la revolución francesa ocurrirá también en la rusa. Así «razonan» los necios que se las dan de cultos. No comprenden que estos razonamientos, aplicados al caso de la Unión Soviética, son el más puro disparate histórico. La dictadura de los jacobinos, aun siendo *políticamente* la más avanzada, sucumbió en último término porque la pequeña burguesía era económicamente inferior a la gran burguesía: la gran Economía capitalista ocupa un plano más alto que el artesanado, representa un mayor progreso técnico, es, económicamente, más racional. Contra esta contradicción se estrelló el gobierno de los jacobinos, que hubo de dejar paso, forzosamente, a los avances triunfales del capital, a cuyos representantes girondinos había vencido en sangrienta y denodada lucha el partido de la revolución.

* * *

Pero el proletariado no está hecho de esclavos, de artesanos ni de pequeños propietarios. El proletariado no es ninguna clase de una sociedad con esclavitud o con feudalismo. Es una clase nueva, formada en el seno de una sociedad nueva, en el seno de la sociedad capitalista, de una sociedad basada en el maquinismo y en la concentración de los obreros en las fábricas. El proletariado es la fuerza productiva fundamental, el brazo que empuña el nuevo régimen de producción, el socialismo. Y el socialismo no es ningún absurdo, ninguna utopía, ninguna fatalidad. El socialismo es un sistema económico concreto, que brota ya en el seno de la realidad con fuerza arrolladora. Como tipo de Economía, el socialismo ocupa un plano más alto que todos los sistemas de producción anteriores a él, por su capacidad para intensificar el rendimiento del trabajo social y para desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. Este solo hecho basta para demostrar cuán necias son todas esas analogías eruditas y no eruditas que pretenden aportar la «prueba científica» que documente la imposibilidad del triunfo de-

fnitivo del proletariado, remitiéndose a los «proletarios» de otros tipos de sociedad, a los esclavos y a los artesanos, a los campesinos y a los *sansculottes*, a los gladiadores prisioneros de guerra, etc. Este hecho fundamental a que nos referimos vuelve del revés toda esa «concepción» arraigada en los ideólogos burgueses. Lo «anormal», lo «enfermo», es precisamente el *capitalismo*, mordido ya por la podredumbre, comido de contradicciones—que no tienen nada de casuales—, minado por la crisis. Eso es hoy el capitalismo: un régimen que ya no acierta ni a utilizar sus propias fuerzas productivas. Los fascistas son tan vesánicos y tan ciegos, que propagan el «saneamiento» del capitalismo a fuerza de nacionalismo, de militarismo y de *guerra*, sin comprender que la guerra de «salvación» que ellos predicán es precisamente uno de los síntomas más alarmantes de esta «enfermedad» mortal que ya sólo puede curar la revolución proletaria.

* * *

El proletariado vencerá, indiscutiblemente, por encima de todo, pues es el *órgano de un régimen de producción más perfecto, que pone en libertad las fuerzas productivas maniatadas y destrozadas por el capital*. Esta necesidad fundamental, una necesidad real y no imaginaria, se abre paso por encima de todos los obstáculos. Claro está que esta necesidad no se impone espontáneamente, por sí sola. Son los *hombres* los que hacen la historia, las clases, los partidos y quienes los dirigen. Son ellos, estas fuerzas vivas, sus luchas heroicas, los que realizan los grandes dictados de la historia por medio de la acción. ¡Y ved! ¿No hay en el campo de la burguesía políticos e ideólogos que presienten la fuerza inexorable de nuestro triunfo? ¿No veis cómo intentan imitarnos? ¿Cómo pugnan por «corregir» a fuerza de «planes» los rumbos del capitalismo, cuando ya las ventajas del socialismo no pueden desconocerse? ¿Cómo exigen que la Economía se «organice»? ¿No veis cómo también ellos aspiran a apoyarse en «las masas»? ¿Cómo coquetean con la palabra «socialismo»? ¿Cómo han robado al proletariado la fiesta del Primero de Mayo, proclamándola fiesta del «Trabajo Nacional»? Pero todo esto no son más que tentativas ineficaces y desesperadas de un régimen *en bancarrota*. Querer centralizar y sujetar a un plan la Economía capitalista es querer hermanar el agua y el fuego. La estafa nacional «socialista» se pone cada día más de manifiesto, a la par que los proletarios de todos los países van viendo cada vez más claros los avances y los triunfos del socialismo en la Unión Soviética. La revolución triunfante ha levantado, con un ritmo jamás conocido, el nivel de la técnica y la Economía del país proletario. La Unión Soviética alcanzará a su adversario el capitalismo, y, después de alcanzarle, le dejará atrás en todos los campos, desde la industria de fundición hasta la navegación aérea, desde la aviación hasta el arte y la ciencia. Sabemos—pues nos lo enseña la ciencia verdadera—que el proletariado soviético *vencerá irremisible e irrevocablemente*.

VOCABULARIO

(El lector encontrará explicadas aquí las palabras raras y extranjeras que aparecen en el texto)

- Afroditas.**—Diosas de la belleza y del amor, en la mitología griega.
Astrología.—Una especie de «buenaventura» con pretensiones científicas.
Cesarismo.—Imperialismo. César es el emperador.
Dinosaurios.—Bestias prehistóricas.
Epicureismo.—Doctrina que predica los goces de la vida.
Epigonos.—Los continuadores decadentes de una escuela.
Escolasticismo.—Filosofía medieval, mediatizada por la Iglesia.
Eslava.—La raza a que pertenece parte del pueblo ruso.
Estamentos.—Gremios o profesiones.
Fellachs.—Esclavos egipcios.
Fetichista.—El que adora a un «fetiche» o a un ídolo.
Gladiadores.—Esclavos romanos que luchaban en el circo.
Ignorábilis.—Ignoramos.
Iguanodon.—Bestias prehistóricas.
«Imperativo categórico».—Norma de moral proclamada por Kant.
Jacobinos.—Partido revolucionario en la revolución francesa.
«Koljoses».—Explotaciones agrarias colectivas, en la U. R. S. S.
«Kulaks».—Labradores ricos, especie de caciques.
Librecambistas.—Los que predicán la libertad comercial, sin aduanas.
Mecanicista.—Atento sólo a la mecánica, olvidando el espíritu.
Menfis y Babilonia.—Ciudades antiguas.
Metafísica.—Filosofía que no tiene en cuenta los cambios de las cosas.
Monocrático.—«Monocracia» es el gobierno de uno solo.
Montaña.—«Partido de la Montaña» era, en la revolución francesa, el de los jacobinos.
«Mujik».—Campesino pobre e ignorante.
Nihilismo.—La doctrina que predica la pasividad y la negación de la vida.
Ocultismo.—Una especie de magia o «ciencia» de los misterios.
Paleontológico.—Lo que se refiere a la vida prehistórica.
Polarización.—Fenómeno que consiste en concentrarse alrededor de un punto.
Pompeya.—Ciudad italiana antigua.
«Programa de Gotha».—Un programa de la socialdemocracia alemana, comentado por Marx.
Sansculottes.—Desharrapados.
Sapienti sat!—A buen entendedor, pocas palabras bastan.
«Siglo de las luces».—Se llama así al siglo XVIII, a la época de los grandes racionalistas.
«Sovjoses».—Las granjas soviéticas del Estado.
Teleológico.—Lo que se refiere a la ciencia de los fines últimos.
Telepatía.—Capacidad para ver lo que no perciben los sentidos.
Teológico.—Teología es la «ciencia de Dios».
«Tercer Imperio».—Así llaman a su régimen los fascistas alemanes.
Thermidor.—Mes de la revolución francesa en que triunfa la contrarrevolución. «Thermidorianos» equivale a contrarrevolucionarios.
«Udarniks».—Obreros de choque.
Vitalismo.—Doctrina según la cual la materia viva está animada por un espíritu interior, por un «alma».

INDICE DE NOMBRES

- BACON. — Filósofo inglés del siglo xvi.
- BISMARCK. — Canciller alemán; prototipo del imperialismo germánico.
- CHERNOV. — «Socialista» ruso; ministro en el Gobierno provisional derribado por los bolcheviques.
- DARWIN. — Célebre naturalista inglés; uno de los investigadores más odiados por la reacción y el clericalismo.
- DOSTOIEVSKY. — Novelista ruso. Sus obras retratan la Rusia tradicional.
- DUBOIS-RAYMOND. — Gran filósofo alemán del siglo xix.
- EINSTEIN. — El primer matemático del mundo actual; proscrito de Alemania por los fascistas y perseguido brutalmente por ser judío.
- FEDERICO EL GRANDE. — Rey militarista y déspota prusiano.
- HECKEL. — Biólogo materialista alemán.
- HEGEL. — El más grande filósofo alemán del siglo xix, de quien Marx toma el método dialéctico, dándole un contenido materialista.
- KANT. — Filósofo reaccionario alemán del siglo xviii.
- KAYSERLING. — Publicista alemán contemporáneo, con pretensiones de «filósofo». Muy de moda en España últimamente.
- KRUPP. — Gran industrial alemán.
- MENENIO AGRIPA. — Cónsul romano. Predicaba, para convencer a los proletarios de la época, que los brazos y el estómago formaban parte del mismo organismo.
- NIETZCHE. — Escritor alemán del siglo xix. Ideólogo de las clases altas y uno de los detractores más brutales del proletariado.
- OBLOMOF. — Personaje de una novela rusa; prototipo de indolencia.
- PLANCK. — Célebre matemático alemán.
- ROBESPIERRE. — Famoso revolucionario francés; jefe de los «jacobinos».
- SHAKESPEARE. — Dramaturgo inglés del siglo xvi; autor del «Hamlet», drama de que está tomada la cita de Bujarin.
- SOLOVIOF. — Novelista ruso.
- SPENGLER. — Filósofo fascista alemán. Sus doctrinas, popularizadas por José Ortega y Gasset, se pusieron muy de moda en España.
- THYSEN. — Poderoso industrial alemán.
- TOLSTOI. — El más grande novelista clásico ruso.
- VIRCHOW. — Famoso investigador médico alemán.

CUADERNOS MENSUALES DE DOCUMENTACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL

Todos los meses, un cuaderno de 32 a 40 páginas, con un trabajo completo y fundamental, 50 céntimos.

De venta en toda España el día 15 de cada mes.

YA PUBLICADOS:

LA INSURRECCIÓN AUSTRIACA, por Ilya Ehrenburg.

LA LEY DEL SALARIO, por Rosa Luxemburgo.

CUADERNO PRÓXIMO:

MARX ANTE SUS JUECES.

TÍTULOS DE LOS SIGUIENTES CUADERNOS:

SOBRE LA VIOLENCIA, por F. Engels.

BIOGRAFIA DE BAKUNIN, por J. Steklov. (Cuaderno doble).

LOS SOCIALISTAS FUERA DE LA LEY, por A. Bebel.

AUTORIDAD Y APOLITICISMO, por C. Marx y F. Engels.

¿QUÉ ES EL LENINISMO?, por Adoratski (director del Instituto Lenin, de Moscú).

LA CUESTIÓN AGRARIA EN LENIN, por N. Yegorov.

Suscripción a seis números: **2,50** pesetas.

Pedidos, suscripciones y giros a:

"CUADERNOS MENSUALES"

APARTADO 665

MADRID